

LO QUE YO IBA ESCRIBIENDO

LAS MUJERES DE LA
GENERACIÓN DEL 98

Carmen Estirado

Carmen Estirado
LO QUE YO IBA ESCRIBIENDO.
LAS MUJERES DE LA GENERACIÓN DEL 98

Primera edición: noviembre de 2022

Del texto:
©Carmen Estirado, 2022

Del prólogo:
©Layla Martínez, 2022

De esta edición:
©Editorial Carpe Noctem, 2022
www.editorialcarpenoctem.es

Diseño de cubierta: Carlos Primo
Imagen de cubierta: Akesi Martínez

ISBN-978-84-124266-8-7
Impreso en España
Depósito Legal: M-26369-2022

Reservados todos los derechos

*A mi yaya Rosario, maestra durante doce años
de las niñas de Casla (Segovia). Su espíritu
cobija aún las sabinas del sendero.*

*A la Tía Pilar, por dedicar su vida a la conser-
vación de libros en el Ateneo y en la Biblioteca
Nacional.*

*A mi abuela Carmen, timón y abrigo de trece
hijos, 29 nietos y 16 bisnietos. Su luz nunca
caerá en el olvido.*

ÍNDICE

11

Una genealogía bastarda
por Layla Martínez

19

Introducción.
Quema de brujas

27

1. Del amor romántico a la autoconciencia:
María Lejárraga (1874—1974)

57

2. La nueva mujer moderna y su culpa:
Carmen de Burgos, Colombine (1867—1932)

83

3. La mujer española en el extranjero:
Sofía Casanova (1861—1958)

105

4. Una habitación propia:
María de Maeztu (1881—1948)

137

5. Privilegios:

Carmen Baroja (1883—1950)

159

6. La emancipación:

Belén de Sárraga (1872—1951)

175

7. La tribu:

Regina de Lamo (1870—1947)

193

Epílogo

201

Bibliografía

205

Agradecimientos





María de Maeztu con María Luisa Caturla en Mondéjar, 1925.
Archivo de José Ortega y Gasset (Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón).



UNA GENEALOGÍA BASTARDA

Layla Martínez

Durante mucho tiempo las mujeres no tuvimos genealogía. Cuando nos sentábamos a escribir, lo hacíamos como si ninguna otra mujer lo hubiese hecho nunca. Como si fuéramos las primeras, las únicas. Por supuesto, esto no era cierto; las mujeres han escrito desde que existe la escritura y mucho antes ya recitaban historias, pero nosotras sentíamos eso porque apenas éramos capaces de nombrar un puñado bien pequeño de escritoras. Un puñaíco de hambre, como dice mi abuela, porque era tan escaso que ni te callaba el rugir de las tripas. Así escribíamos, hambrientas. Famélicas de unos referentes que no encontrábamos por ningún sitio, ni en las listas de los mejores escritores, ni en las entregas de premios ni, por supuesto, tampoco en nuestros libros de texto.

La orfandad nos producía un aislamiento que intentábamos paliar con referentes masculinos. Buscábamos la paternidad de los escritores hombres, pero era difícil. Aprendíamos de ellos, pero la nuestra era siempre una filiación bastarda y la suya una paternidad no reconocida.

Ellos reservaban las palmadas en el hombro para los hijos varones, también las recomendaciones y los premios que hacen despegar las carreras literarias, y a nosotras su misoginia nos dejaba mal sabor de boca. Por mucho que nos gustase su obra, con demasiada frecuencia ese entusiasmo quedaba empañado por su machismo. Recuerdo perfectamente la náusea que me provocaron los diarios de Cesare Pavese, la misoginia cruda y violenta con que hablaba de las mujeres aquel poeta que yo tanto había leído y al que tanto había amado. Los dejé a medias, no quise seguir leyendo, pero el desgarró ya estaba hecho. Algo parecido me pasó con Gabriel García Márquez, del que siempre quise ser hija hasta que descubrí que todas esas anécdotas de su vida que se cuentan como si fuesen la expresión de su genialidad no eran más que arrebatos egoístas de un hombre que se cree con derecho a todo. Como cuando cuentan que su mujer vendió los muebles de la casa uno a uno y trabajaba dentro y fuera para que él pudiese dedicar todo su tiempo a escribir lo que acabaría siendo *Cien años de soledad*, a pesar de que las novelas anteriores que había publicado no habían tenido ningún éxito y su situación económica era bastante mala. O como cuando cuentan que obligó a toda la familia a darse la vuelta cuando estaban a punto de llegar al lugar de vacaciones porque se le ocurrió una idea para la novela que estaba escribiendo.

Nosotras, hijas bastardas, nunca podemos celebrar del todo al padre; tampoco podemos llorar del todo su muerte. Siempre se nos queda un *pero* en la punta de la lengua que irremediablemente se nos pudre dentro de la boca. Nos gustaría unirnos a las celebraciones de su vida,

llenarlos de alabanzas cuando mueren, pero cómo olvidar que nunca les importamos y que con demasiada frecuencia nos despreciaron y nos odiaron. Cómo olvidar la desesperación con que cuenta Sofía Berhs en sus cartas las violaciones a las que la sometía Tolstoi, su marido; las décadas de trabajo invisible que Zenobia Camprubí dedicó a Juan Ramón Jiménez o las que entregó Vera Slónim a Nabokov, que implicaba incluso escribir en la pizarra mientras él daba clase.

Nosotras, escritoras solitarias, nunca hemos tenido quien nos hiciera todo ese trabajo. Nadie ha mecanografiado nuestros manuscritos ni ha corregido las traducciones de nuestros libros, tampoco nadie ha empeñado nunca los muebles de la casa para que podamos escribir. Ni siquiera han hecho su parte del trabajo doméstico, ni se han ocupado de los niños unas pocas horas. Toni Morrison se levantaba a las cuatro de la mañana para poder escribir; Tillie Olsen lo hacía en los trayectos en el autobús, muchas veces de pie; Lucia Berlin de noche, después de acostar a sus hijos.

Todo esto lo sabemos ahora, claro, antes lo desconocíamos. Es solo desde hace unos pocos años que las mujeres hemos podido reconstruir nuestra genealogía, buscar a nuestras madres y nuestras hermanas, establecer unos referentes distintos a los que dictaba el canon patriarcal. No ha sido una tarea fácil, ha requerido mucho trabajo. Este libro es una buena muestra de ello. Los nombres de las mujeres estaban olvidados, muchos de ellos ocultos tras iniciales o bajo pseudónimos masculinos. En las ocasiones más sangrantes, invisibilizados por la firma de su marido, como en el caso de María Lejárraga, que pro-

tagoniza uno de los capítulos más apasionantes del libro. Recuperarlos ha supuesto mucho trabajo de archivo, Carmen Estirado lo sabe bien. Ha tenido que sumergirse en artículos de prensa, correspondencia privada, críticas literarias publicadas hace décadas. A veces las pistas eran muy leves, los hilos de los que tirar se le deshacían entre las manos: una referencia escurridiza, un puñado de palabras suelto sin demasiado contexto, una mención breve en la que apenas había información.

El esfuerzo de Carmen para que esos hilos no se acabasen perdiendo del todo ha sido enorme, pero el resultado sin duda merece la pena. Este libro llena un vacío terrible en nuestra genealogía, en esa búsqueda ya un poco menos huérfana y un poco menos bastarda que es la historia de las mujeres. Gracias a él sabemos que esos nombres masculinos que aparecían en los libros de texto cuando estudiábamos la Generación del 98 no fueron ni mucho menos los únicos. Que la elección de unos y no de otras responde a criterios de poder relacionados con la invisibilización y la desvalorización que sufrimos las mujeres en el patriarcado y no a una cuestión de calidad literaria, como nos quieren hacer creer los interesados en mantener nuestra opresión. Gracias a él sabemos también que otras escribieron antes que nosotras. Que no estamos solas.

El trabajo de Carmen se une al de otras mujeres que han contribuido también a llenar esos vacíos terribles de nuestra historia colectiva. La recuperación de las Sin Sombrero es quizá uno de los más conocidos por la injusticia atroz que había supuesto la invisibilización de autoras como María Teresa León o Luisa Carnés, pero no

el único. Hemos podido ver también el cuestionamiento de la lista de nombres que tradicionalmente se asociaba con el *boom* latinoamericano, que en su machismo dejaba fuera a autoras tan deslumbrantes como Clarice Lispector, María Luisa Bombal o Elena Garro. En el mundo editorial, hemos asistido a la reedición de las obras de escritoras que llevaban décadas descatalogadas, como Concha Alós o Sara Gallardo.

Así, vamos reconstruyendo poco a poco nuestra genealogía, llenando vacíos que hasta hace poco se nos hacían abismos. Es cierto que en esa búsqueda también encontramos autoras que no nos gustan, escritoras cuyos posicionamientos políticos están muy alejados de los nuestros o incluso cuyas opiniones son absolutamente despreciables, pero eso forma parte también de la reconstrucción de nuestra historia. Saber que entre las que nos precedieron también habríamos tenido rivales y oponentes, enemigas a las que habríamos detestado. Enemistarnos y odiarnos también es nuestro derecho.

Tampoco puedo dejar de pensar en los nombres que se habrán perdido para siempre. Aquellas que quemaron sus novelas porque les hicieron creer que no eran más que tonterías, aquellas cuyos padres no las dejaron publicar, aquellas cuyos maridos plagiaron sus ideas sin darles ningún reconocimiento. También en las que escribieron en pequeños periódicos que nunca van a poder recuperarse, en las que utilizaron pseudónimos que nunca van a desvelarse, en las que inventaron historias que se quedaron en sus diarios o en sus cartas y se perdieron para siempre. Y también, claro, en las que no pudieron siquiera aprender a escribir, o en las que aprendieron pero

nunca pudieron hacerlo porque tuvieron que trabajar sin descanso en otras cosas.

A todas ellas nunca podremos recuperarlas. El daño de la opresión patriarcal ha hecho y sigue haciendo a las mujeres quizá nunca pueda sanarse del todo. Pero sí podemos hacer justicia a sus nombres desconocidos y a sus historias olvidadas, y la mejor manera de hacerlo es impidiendo que vuelva a repetirse. Libros como este contribuyen a ello. Su importancia no radica solo en que recupere la memoria del pasado, sino sobre todo en que esa memoria es lo que impide que el pasado vuelva a repetirse.

Previsión
de negocio de
la muerte de
lud. Venys así
que hay de mu
Su admirador

Carmen

17 Setiembre

amigo. Ya este
Reyat, donde
- ne impreso
sa de Trabajo
uestros proyectos
ra y compañeros
de Burgos

Carta de Carmen de Burgos a
Santiago Vinardell, del 17 de
septiembre de 1932. Original en
Biblioteca Regional de Madrid
Joaquín Leguina.

INTRODUCCIÓN: QUEMA DE BRUJAS

Una llama de dos metros aviva un fuego que quema cientos de páginas. Tarda en arder, pero de repente coge fuerza y en unos minutos la humareda se extiende por la plaza. Hay banderas ondeando, una voz detrás de un megáfono que alienta a seguir echando más tapas de libros gruesos, que son los que más humo desprenden. Se siente el sudor frío. Y el dolor de barriga. Un cabeceo hacia adelante de algún alto mando. El fuego siempre tiene esas dos caras, recrea en un instante un infierno y a la vez algún alma encuentra sanación en él. Alguien corre una cortina de su casa y baja el mentón en señal de respeto a la cantidad de horas que están siendo reducidas a cenizas. Tiempo de observación, de escucha, de lectura. De búsqueda de la palabra exacta.

MADRE: en los hospitales y casas de recogimiento, mujer a cuyo cargo estaba el gobierno en todo o en parte.

Cuando imagino algo tan terrible como una quema de libros mi mente no se va a China o Alejandría, sino

que recreo una y otra vez la Alemania nazi. La fotografía corresponde al 10 de mayo de 1933, cuando estudiantes, profesores y miembros del partido echaron al fuego en distintas ciudades universitarias el pensamiento de aquellos autores que consideraban peligrosos o, lo que es lo mismo, que cuestionaban o iban en contra del *espíritu alemán*. Recuerdo exactamente esa porque fue la que incluyeron en mi libro de historia del colegio. La quema en realidad prosiguió hasta bien avanzado 1945, cuando el *Führer* no tuvo más remedio que rendirse y quitarse la vida en aquel búnker que había sido su centro de operaciones durante los últimos meses de la guerra.

MADRE: heces del mosto, vino o vinagre, que se sientan en el fondo de la cuba, tinaja, etc.

En España las tropas franquistas quisieron protagonizar su propia quema de libros, pero llegaron tarde. Cuando en 1939 se quiso hacer una gran foto de este crimen histórico ya apenas había pensamiento *peligroso* que echar al fuego. Desde el comienzo de la Guerra Civil en 1936 y al tiempo que el ejército sublevado iba asentando las posiciones ganadas se fueron dando órdenes a la población de que entregara sus libros y se organizaron pequeñas hogueras en pueblos y ciudades, bajo pena de muerte sin juicio, en el peor de los casos. Se vació así cada estantería de cada casa. También llegó el turno de las bibliotecas públicas. En el mes de septiembre de 1937 ya se habían creado juntas formadas por falangistas, sacerdotes, militares y catedráticos que comulgaban con el régimen y a quienes se le encargó la tarea de eliminar cada garabato no afín a este.

MADRE: cauce por donde ordinariamente corren las aguas de un río o arroyo.

Polvo, humareda y ceniza. Así fue enterrada la generación del 98. Se dice de este grupo que fue el que internacionalizó la filosofía y la literatura española. Si bien ya *El Quijote* (la primera parte fue publicada en 1605 y, la segunda, en 1615) se había considerado la primera novela moderna, en estos años (los pensadores a los que nos referimos nacen entre 1864 y 1876 y empiezan a publicar alrededor de 1900) la literatura maduró conjuntamente hacia una nueva etapa. Los escritores ya no solo contaban lo que estaba sucediendo, sino que narraban lo que acontecía a través de la literatura. Es decir, las palabras lo eran todo. El lenguaje y en realidad la forma también, ya que se empezó a experimentar para atrapar mejor esa humanidad tan compleja que somos. Lo importante no era el tiempo cronológico, sino que el lector entendiera y, más importante aún, que sintiera. Los escritores se hermanaron con los filósofos. Se puso en valor el pensamiento. Las personas. Las tertulias. Se enterraron las palabras barrocas en favor de un lenguaje que fuera entendido por todos. Se hablaba de sentimientos. La melancolía, el amor, la muerte, la desesperanza. Los campos de trigo, los cafés en la ciudad. La lucha de clases. Las injusticias. Era un momento de cambio, de deseos conjuntos. Se abrió una ventana hacia el mundo. Una bisagra de la que mamaron el resto de las generaciones históricas (la del 14, la del 27...) que vinieron después. Una ilusión y esperanza que acunó los grandes derechos sociales que se estaban definiendo. El divorcio. El seguro de desem-

pleo. La jubilación. La protección al menor. El derecho al voto de la mujer.

MADRE: Autora, creadora o fundadora de algo.

Pero.

La Guerra Civil y la dictadura se encargaron de borrar su luz. Se olvidó de nuevo la sencillez. Se descuidó la posibilidad de diálogo. De argumentar. De sentir distintas realidades y emociones a través de un texto literario, una película o una canción libremente, sin que estas hubieran sido sometidas previamente a censura. Hubo una importante circulación de libros prohibidos y algunos versos sobrevivieron de manera oral pero el manto del pánico cubrió la mayoría de los hogares. Cuando apenas nos habían dejado salir de la cocina, las mujeres volvimos a quedar relegadas a ser y a enseñar a ser amas de casa. A hacer remiendos y coser calcetines. Niñas que nacían con la imposibilidad de tener ningún pensamiento propio. Harina y cebollas. Callar y asentir. Enseñar el tobillo, pero no mucho. Confesarse. Ningún otro futuro. Solo se nos permitía leer novelas románticas perpetuando así el anhelo de conseguir un príncipe azul que nos salvara. Perdieron ellas y perdimos todos. Y nos quedamos completamente ciegos. Hasta quedarnos de pie, respirando solo miedo. Hasta 1975.

Con la muerte de Franco, se empezaron a imprimir de nuevo algunos libros. Algunos pensadores volvieron del exilio. Se recuperaron nombres. Afloraron datos. Se escribieron páginas de una historia que nos contaban que esta generación del 98 la formaron el grupo de los tres —Azorín, Pío Baroja y Ramiro de Maeztu—.

Y luego se decidió ampliar el concepto para algunos intelectuales más. Antonio y Manuel Machado, Valle-Inclán, Unamuno... Y, después, se profundizó un poco más y nos dieron a Ángel Ganivet, Jacinto Benavente, Carlos Arniches... Y a Vicente Blasco Ibáñez, Gabriel y Galán, Francisco Villaespesa. Y da igual cuánto más busquemos. Porque todos —salvo raras excepciones o pequeños borrones en su historia— serán nombres de hombres.

MADRE: Matriz en que se desarrolla el feto.

Este libro parte de la premisa que en España hubo una guerra civil, una dictadura de 36 años y una censura selectiva y muy consciente en esa recuperación de la historia perdida. Se decidió callar a cada una de las mujeres que despuntaron en esta parte de la etapa grandiosa donde reinaban las libertades y las mujeres estaban cuestionando conceptos tan adelantados a su época —incluso a la nuestra— como el amor libre, el control de la natalidad o si era legítimo que las monjas no tuvieran derecho a tener hijos.

MADRE: Título que se da a ciertas religiosas.

¿Por qué recuperarlas? ¿Por qué ahora? Porque hasta ahora no nos habíamos dado cuenta de este robo. Porque cuando estudié la generación del 98 no cuestioné ni un segundo que mi biblioteca estuviera solo formada por escritores. Ni un ápice de desconfianza. Ni un pestañeo. Así lo contaban los libros. Pero es que entonces no había test de Bechdel, ni gafas moradas, ni un *nosotras paramos*, ni se habían recuperado a las Sin Sombrero. La información venía de enciclopedias y profesores que

repetían una y otra vez en cada escuela de España que en 1492 Cristóbal Colón conquistó América y que la generación del 98, los héroes que revolucionaron el mundo con una nueva forma de narrar, estaba formada solo por escritores.

MADRE: aquello en lo que figuradamente concurren circunstancias propias de la maternidad. Ejemplo: la madre patria.

Debemos una disculpa a aquellas mujeres que marcaron el pensamiento de nuestras abuelas, de nuestras madres y de nosotras mismas. Aquellas que lucharon por implantar nuevos derechos para las mujeres, esos que nos han ido enseñando remiendo a remiendo, bajo un manto de miedo y desesperanza. Ellas fueron las madres del feminismo en España. Madre en su más amplia definición. Madre en forma de lenguaje. De pensamiento. Madre en forma de ideas. En forma de madres. Ellas. Creadoras de palabras y de derechos. Cuidadoras. Monjas. Putas. Arroyos y cauces. Alcantarillas. La matriz en la que se desarrolló la luz. El origen del fin de la injusticia. El baile. La revolución.

MADRE: Causa, raíz u origen de donde proviene algo.

Estas son algunas de las mujeres cuyos nombres no pasaron a la historia sencilla y complejamente por el hecho de ser mujeres. Estos son algunos nombres que no se incluyen en los libros de historia y literatura. Tenemos la obligación moral de recuperarlas. De repasar su pensamiento y repensar el nuestro. De hacerlo llegar a nuestros hijos. Ha llegado la hora de despatriarcalizar

nuestras bibliotecas. De lo contrario, ahora que sabemos que sí que existieron, sería como seguir quemando su obra, como si, una vez más, estuviésemos consistiendo que ellas —nuestras madres— fuesen tratadas como brujas.

MADRE: Mujer anciana del pueblo.



Retrato de María Lejárraga. Archivo Manuel de Falla.

I. DEL AMOR ROMÁNTICO A LA AUTOCONCIENCIA: MARÍA LEJÁRRAGA (1874—1974)

«Hemos nacido para vivir, y el amor nos ayuda a ir viviendo; pero no nos empeñemos en hacer de toda la existencia una hora inmutable de inacabable éxtasis. El más enamorado encuentra en su amor acicate para su trabajo, aliento y empuje; trabaja mejor porque quiere más; pero no se le ocurre perder la vida en contemplaciones apasionadas y desatinadas, ni hacer de la ilusión de enamorar y enamorarse el único estímulo de la vida».

MARÍA LEJÁRRAGA

María Lejárraga nació en 1874, el mismo año que el poeta Manuel Machado, y en su larga vida —murió a los 99 años en Buenos Aires— escribió más de cien obras entre ensayos, novelas, dramas y comedias que dieron la vuelta al mundo. Madrid, Barcelona, Buenos Aires, Nueva York... Su *Canción de Cuna* fue galardonada como la mejor creación de la temporada teatral en 1910-1911 por la

Real Academia Española. Entre sus méritos está también el de fundar algunas de las revistas literarias más importantes de la época, así como trabajar codo con codo para mejorar los textos de escritores muy reconocidos. Desde su mediana edad decide batallar además en las esferas de la política. El socialismo y las feministas inglesas y americanas con las que coincide en reuniones y conferencias le marcan profundamente. En 1933, se convierte en una de las nueve diputadas de la Segunda República, las primeras de la historia de España y responsables de haber conseguido el derecho al voto femenino y animar incasablemente a ejercerlo.¹

Al principio de la investigación me costó mucho llegar a su obra. María no aparecía como autora en los catálogos de la biblioteca públicas ni había apenas información de ella en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional. ¿Cómo era posible que obras de teatro laureadas internacionalmente no estuvieran disponibles al público? ¿Que no hubiera rastro de ella antes de la República en los diarios? Sabía que había usado un pseudónimo, pero me costó entender que su nombre siguiera oculto. ¿Dónde estaban todas aquellas creaciones? Una mañana, consultando las publicaciones de antes de 1930 del fondo especializado de la biblioteca de la Comunidad de Madrid Joaquín Leguina, busqué el nombre de su marido, Gregorio Martínez Sierra, y ahí apareció todo de repente. Había cientos de artículos de periódico, de novelas, de carteles, de contratos y sobre todo de textos dramáticos con anotaciones a lápiz en las esquinas. Estuve meses mirando

1 En España, el derecho al voto femenino se aprueba en la Constitución de 1931 y las mujeres votaron por primera vez dos años después.

aquel material. La mayoría no se había consultado antes. Y allí estaban. Libretos amarillentos, algunos bellísimamente ilustrados, y con esa humedad que solo encierran los cajones de las bibliotecas y desvanes olvidados. Y sorprendía, porque aquellas hojas olían aún a escena. Se adivinaban incluso manías dentro del matrimonio. Algunas de sus páginas estaban descosidas e hilvanadas de nuevo con hojas adicionales que incluían directrices para cada personaje. Había dedicatorias. Archivos personales. Cartas originales. Postales. El testamento G.M.S. Fotos de ellos. Gregorio atusándose el bigote en el teatro Eslava. La mirada de María que encerraba horas de dedicación y silencios. Su máquina de escribir. Ella tecleando. La casa familiar. Él mirándola. Él de pie. Él.

María firmó prácticamente toda su obra bajo el nombre de Gregorio Martínez Sierra, quien recibió todo el éxito y la remuneración por sus trabajos. Ella lo hizo público en México en 1953 cuando publicó *Gregorio y yo: medio siglo de colaboración*, seis años después de la muerte de este, cuando se vio obligada a nacer de nuevo. Su seudónimo había fallecido y, por tanto, quedaba incapacitado para escribir. A él va referida la dedicatoria: «A la Sombra que acaso habrá venido —como tantas veces cuando tenía cuerpo y ojos con que mirar— a inclinarse sobre mi hombro para leer lo que yo iba escribiendo». Como todos los dilemas complejos, y más si esconden tintes de género, las razones por las que María empezó a usar el nombre de su marido son muchas: poco apoyo familiar que la desalentaba a seguir escribiendo, profesión elegida, la de maestra, nada acorde con la de exponer las luces y sombras del alma humana... pero, entre ellas,

sobresale el amor romántico. «La razón más poderosa», reconoce. «Fue romanticismo de enamorada. Casada, joven y feliz, acometiome ese orgullo de humildad que domina a toda mujer cuando quiere de veras a un hombre [...]», cuenta en este texto que fue incluido en las listas de libros prohibidos por la dictadura.

La confesión la hace en una época sosegada y bien entrada la vejez, en Buenos Aires, tan alejada de la que fue la madre patria que la viera nacer, con una libertad que podemos entender casi plena, la de una mujer que había conquistado el mundo masculino de las cortes, de la literatura y del teatro y que había dedicado parte de su vida a la expansión del feminismo. El libro, por supuesto, supuso muchas críticas hacia María por parte de señores que veían en el texto un intento poco decoroso de manchar el nombre de su marido, quien la había engañado más de media vida con la actriz principal de la compañía de teatro que erigió el matrimonio, Catalina Bárcena.

LA HONRA DEL PADRE

En este libro María no critica a Gregorio, es más, sigue hablando de él como su gran compañero de vida, lo que recrimina es la losa que tuvo que sujetar por los dos. La decisión, según relata, empezó como nacen estas cosas, un poco por *enamoramiento* y otro tanto por falta de experiencia. Un instante algo torpe pero que pareciera de poca transcendencia: «Puesto que nuestras obras son hijas de legítimo matrimonio, con el nombre de padre tienen honra bastante», pensó mientras se metía en la sombra.